

ELOGIO A LA MANZANA

Te llaman la fruta del pecado, dicen que por tu culpa empezaron todos los males del mundo, que el hombre sucumbió a la mujer, y que perdimos el paraíso; todo por vos.

Qué irónico, echarle la culpa a una exquisita, jugosa, y apetitosa manzana. ¿Dónde está escrito que sos la culpable de todos los males? ¿Acaso sea porque paladearte suave y sabrosa sea como imaginarse el mejor de los deseos?

Cuando te veo roja, verde, amarilla, brillante, dura, exhibida en los escaparates de la verdulería sos toda una tentación, y se me apetece tomarte entre mis manos y morder el néctar de tu corazón.

En jugos, en las comidas, rallada, con miel, sola, siempre me devolvés tu bondad. Comerme es tan sano, no hay nada que se desperdicie de vos, te entregás por entera, sin guardarte nada.

Cuando hablo de vos se me viene a la memoria los domingos en casa de mi madre, cuando a la hora del postre te ponía en la mesa, bañada en almíbar y cubierta de crema, o a la hora del mate, endulzando nuestra boca con esas exquisitas tartas que sólo mamá sabe hacer, tradición de años, todavía las sigue haciendo para sus nietos.

Y... ¿en el parque? ¡Cómo me encantaba de chica acercarme al pochoclero y tomarte entre mis manos, sostenida vos de un palito y engalanada de un hermoso vestido de pochoclo y caramelo.

¿Quién te cargó con el estigma de ser la culpable de todos los pecados? Seguramente alguien que nunca te probó, porque sólo así se entiende que te hayan declarado la fruta que nos alejó del paraíso...

Sin embargo, yo te digo que cada vez que un pedazo de vos, delicioso, llega a mi boca, me siento en el mejor de los cielos y es por ello que te declaro la fruta preferida de mi paraíso personal.